

Filosofía, Arte y Letras

Los libros y los días

Por Ramón J. Sender

Misterios Ardientes y Brillantes

En la Baja California (México) no había a mediados del siglo pasado otra población que algunos millares de indios que vivían del todo desnudos. Y una misión de dominicos. Construyeron los "científicos" del presidente Santa Ana un manicomio y enviaron allí a la mayor parte de los locos que andaban sueltos por las calles en los estados del norte. Pero poco después dejó el gobierno de enviar dinero y viveres y los empleados abandonaron el manicomio y se volvieron a sus lugares de origen. Los locos quedaron sueltos en la Baja California, que es una península tan larga y vermiforme como Italia y casi despoblada. Los locos se las arreglaron, como pudieron, formaron hogares más o menos duraderos con las indias y vivieron en relativa paz en la tierra más inhóspita y más hermosa del planeta. Por entonces no había agricultura, ni ganadería. Sólo serpientes cascabel, y tarántulas. Los indios se las comían vivas.

En una novela mía titulada "El Mercurio y la Llorona" que transcurre allí, hay algunos caracteres excéntricos como se puede suponer y uno de ellos dice que nadie sabe quién es Dios. Los mismos curas ignoran quién es Dios, pero él lo sabe. Dice que Dios es la electricidad.

Es verdad que la electricidad no tiene todavía una definición—nadie sabe en qué consiste—y todos la usamos y gracias a ella vive más de la mitad de la población del planeta. Pero así y todo nuestro amigo de la Baja California habla un poco ligeramente, lo que no es de extrañar: si recordamos sus antecedentes familiares.

Como decía, nadie sabe lo que es la electricidad. Sabemos como se produce y la usamos como usamos el agua que bebemos y el fuego que nos calienta en invierno. Incidentalmente tampoco sabe nadie lo que es el fuego aunque lo producimos hace algunos millones de años.

También producimos la electricidad, claro. Esto viene a cuento de algunos hechos infrecuentes sucedidos en las últimas semanas y en diferentes lugares del planeta bastante alejados entre sí: Canadá, Estados Unidos, España, Francia, el lejano Oriente... Se trata, por decirlo en términos callejeros pero muy gráficos, de "apagones". Toda Nueva York (trece millones de habitantes) sin luz, sin energía eléctrica, sin metro, sin ascensores (en edificios de ochenta o cien pisos), sin fuerza motriz en fábricas y talleres, ha debido ser una experiencia lamentablemente notable.

En Valladolid, y en muchas ciudades del norte o del mediodía de España sucedió lo mismo y lei en un periódico que algunas personas lo atribuían a los OVNIS es decir a los objetos visibles no identificados. La gente identifica a esos OVNIS con seres vivos y activos más inteligentes que nosotros y con algún interés y tal vez algún plan de acción en favor o en contra nuestra. Misterio. Eso me hizo pensar en mi amigo de Baja California.

No hay duda de que ese buen hombre que a nadie hace daño con sus extrañas convicciones debe tener una opinión sobre lo que sucede. Recuerdo que a mí me decía: "¿Sabemos quién es Dios? Y sin embargo está en todas partes y de él viene la vida y la muerte. Lo mismo pasa con la electricidad". Seguramente piensa que estamos abusando de Dios y que Dios se enfada con nosotros en los lugares donde se abusa de él.

Tal vez mi amigo opina, como algunos españoles del mediodía de la Península, que los OVNIS vienen a pagar las luces por razones religiosas que sólo ellos—más avanzados que nosotros—conocen.

La verdad es que en este caos de contradicciones que es la naturaleza de la cual formamos parte, el deseo del hombre de alcanzar soluciones y explicaciones lógicas es solamente uno de los aspectos de la confusión. Y que yo cuando me acuerdo del amigo de la Baja California lo considero un poco menos loco cada día.

Recuerdo que Valle Inclán solía decir cuando yo me atrevía a entrar en su mundo secreto: "Allí donde hay fuego, allí está Dios". Ciertamente el fuego produce calor y sin alguna forma de calor no hay vida posible. Es decir vida orgánica. Y como decía antes, nadie sabe todavía lo que es el fuego. Los sabios más expertos en ciencias físico-químicas no saben lo que es el fuego ni lo que es la electricidad.

Es verdad que locos o cuerdos todos estamos en el caso de recordar de vez en cuando que vivimos rodeados de misterios a veces concordes con nuestros deseos y a veces contrarios. Llevamos millones de años tratando de entendernos a nosotros mismos a fuerza de una lógica (que en sí misma es también gratuita y depende de nuestra voluntad de fe). Lo que es razonable aquí es locura en Nueva Zelanda y al revés. Viendo las cosas como son según nuestra limitada experiencia, los únicos seres que se conducen de una manera congruente son los animales a quienes, por cierto les negamos la razón.

Gotas de Amor y de Filosofía

Oiga, Amigo, ¿Me Permite un Momento?

Por Matías Romero

Oiga, amigo, ¿me permite un momento? Sólo es para este pensamiento: Más que los malos caminos y más que el propio alcohol, la causa de muchos accidentes es la falta de reflexión. Si pensáramos con serenidad, no abusaríamos ni de la bebida, ni del timón.

Oiga, amigo, ¿me permite un momento? Sólo es para este pensamiento: Lo importante no es estar en la izquierda o en la derecha. Lo importante es estar donde está el corazón.

Oiga, amigo, ¿me permite un momento? Sólo es para este pensamiento: No se quede anclado en su situación actual. Este mismo día usted tiene una tarea muy importante que realizar. El mundo entero está pendiente de lo que usted haga el día de hoy. Esto es lo que significa ser hombre, tener vida y tener libertad.

Oiga, amigo, ¿me permite un momento? Sólo es para este pensamiento: No diga que todo está perdido. Diga que no hemos ganado todo lo que podemos y debemos ganar. Y ahí está el mundo entero para que lo ganemos. Pero ¿cómo?, ¿cómo? Bueno, pues, sencillamente, teniendo truchas ganas, pero sinceras ganas, de ganar. Hay que ganar al mundo, para que no se pierda.

Rey Solares

A Tres Mil Millas del Cielo

In Memoriam

Por Carlos Balaguer



Con sobrada razón Me-fistófeles, el ángel perverso, exclamó en el acto V de la tragedia: "La vieja Muerte ha perdido su rápido poder, y aun es dudoso por mucho tiempo si uno está muerto o si no lo está". Porque "la vida en nuestra muerte" es tan difícil de creer. Además, los hombres de verdad no mueren de un disparo que cruce su esperanza. La muerte hace blanco desde alguna penumbra, hiriendo quizá las soledades del cuerpo. Lo que es de ella cae, pero lo otro—lo que es del cielo— queda enhiesto y altivo. Ella carga con lo borrible; en la vida sigue lo demás.

Hace algunos días un grupo de científicos descubrieron los restos de una estrella que existió en la Vía Láctea hace algunos trescientos mil años.

Hace cosa de tres días, un albañil cerró con una tapia el nicho del poeta. Ladrillo sobre ladrillo, mezcla sobre mezcla; silencio sobre silencio. Silencio de galaxia.

Fuegos remanentes en la vía Láctea. Enterraron al poeta. Sonó el último acorde perdido sobre la lira rota del Continente. El Camino de Santiago en su transcurso planetario perdió otra de sus últimas liras. Lira antigua, de plata, que sonó allá por los años cuarenta con el nombre de Enrique Rey

Solares.

El último vuelo se ha perdido en la línea periférica de la tarde. Sus fuegos moribundos prosperan en la bahía, en los viejos puertos donde el pirata llora su hundido maderamen. Donde el estío dejó una golondrina estrellada contra los arrecifes. Donde Toribio el leñador dejó sus huellas de gaviota en la arena...

Cuando el levantador de textos equivocó unos de sus versos y puso muerte donde decía suerte, y puso olvido donde decía amor: "Cuando de mis andanzas sin esplendor ni gloria" Enrique Rey Solares—ese poeta que el destino puso en mi camino, desde los albores de mi vida—protestó desde Nueva York ante aquella "barbaridad" cotidiana. Y le decía al infractor que "Bienaventurados los que se pasean en un verso y el autor está a 3 mil millas de distancia".

Hoy que estás a tres mil versos, a tres mil noches, a tres mil cielos de distancia, yo te pregunto poeta, ¿quién defenderá tus liras, tus sonetos o tus cantatas? ¿La gente sobre la cual dejaste una huella de galaxia? Yo me ofrezco. Aunque nunca he trabajado de guardia ni tengo grandes resplandores, hoy lo haré y estoy seguro que muchos más protegerán el ritmo aza-

frano y valiente de tus versos. Porque los versos del poeta tienen, el calor de Dios.

Además, no estoy de acuerdo con Manrique. Yo sé a dónde se van los poetas orgullosos. Regresan a la tierra, al mineral cocido del cielo y pasan luego a ser parte de una planta mal nacida, ellos que hicieron tan buenos sonetos; tan buenas travesías. Pero así se pasa la vida, dando vueltas y vueltas: del cielo a la planta, de la planta al animal del animal a la tierra, de la tierra a la estrella. En el poeta las ideas son diferentes pero el corazón el mismo: herible y de "cuatro espejos", como dice Escobar Galindo.

En fin, ya todo está dicho. El barco se ha hundido pero su estrella sigue midiéndose en los astrolabios y en los puntos misteriosos de la rosa. El anciano poeta se fue a esperar al otro lado de la vida, mientras los tranvías pasarán apagando poco a poco los fuegos que quedaron. Los poetas son como las olas que "sólo nos besan y se van".

Enrique Rey Solares no ha muerto. Sólo ha cambiado de lugar en la existencia y en las estancias pretéritas. Fue un verso escrito por nosotros y escuchado por Dios. El poeta secreto que todos llevamos dentro.